

La construcción de la identidad de género. Un enfoque antropológico

CLAUDIA ALONSO GONZÁLEZ

Departamento de Sociología y Antropología/UAA

Yo es otro.

Arthur Rimbaud

INTRODUCCIÓN

Arthur Rimbaud utiliza la expresión "Yo es otro"¹ en una carta dirigida a su maestro Georges Izambard en 1871. ¿A que se refería el poeta? ¿Por qué redacta la frase en tercera persona? ¿Por qué no decir yo soy el otro? Podemos hacer una serie de suposiciones que nos aproximen a una interpretación de esta afirmación.

La expresión alude en primer lugar a la necesidad fundamental de la alteridad para construir la propia mismidad. No es posible construir el yo sin la existencia del otro. Incluso en la soledad de un sujeto o grupo, en el principio de los tiempos, el otro era lo no humano: la naturaleza, la piedra, el animal.

Por otro lado, el verbo "es" conjugado en tercera persona alude a lo irremediable de esa acción: el sujeto "yo" es, en cierta medida, ajeno a la acción de ser el otro. Dicha alteridad está presente en la

¹ Arthur Rimbaud, Carta dirigida a Georges Izambard en 1871.
En: http://www.imposteur.com/arthur_rimbaud/rimbaud_correspondance_14.htm.

construcción de la identidad en colaboración con el sujeto pero va más allá del sujeto mismo.

Tal operación inevitable aparece en la construcción de todas las identidades. Hombres y mujeres están definidos por múltiples grupos de pertenencia: de edad, de clase, de etnia, de género, entre otros. Cada persona sintetiza en una mezcla particular las ideologías, mandatos, saberes y recursos que provienen de los colectivos de los que forma parte. Estos grupos constituyen espacios de identidad y otorgan al sujeto características específicas, determinándolo social e históricamente. De las múltiples identidades que nos constituyen, la identidad de género es fundamental, pues alude a la pertenencia del sujeto a uno de los grupos genéricos (masculino o femenino) y nos permite, como categoría de análisis, entender las formas en que las personas aprenden a ser hombres o mujeres, así como sus posibilidades de transformación.

En este texto nos proponemos construir una definición amplia de la categoría *identidad de género* a través de un recorrido en tres tiempos. En el primer apartado se abordan algunas de las definiciones de *identidad* que han aportado algunos estudiosos de las ciencias sociales; este bloque concluye con el esfuerzo por definir elementos comunes en la construcción de las identidades. El segundo apartado presenta el concepto de género, definido como una construcción cultural e histórica, lo que nos permite hacer distancia de las posturas esencialistas o biologicistas que definen la identidad femenina o masculina como una esencia o como resultado de "la naturaleza". En el tercer apartado se aborda la *identidad de género*, reflexionando sobre el proceso en que las personas definen su identidad en los primeros años de vida. En un segundo momento se presenta el mismo concepto desde un enfoque antropológico, abordando las formas en que la identidad de género se desconstruye y reconstruye a lo largo de la vida y hace énfasis en las crisis que estos cambios en la identidad conllevan.

I. LA CATEGORÍA DE IDENTIDAD

¿A qué se refiere la categoría de identidad? ¿Cuáles son los rasgos que nos permiten incluirnos en los diferentes grupos de los que formamos parte? Si perdiéramos esos rasgos distintivos, ¿perderíamos también

la identidad? ¿Es posible definir el "yo soy" o el "nosotros somos" sin tener como referente la alteridad?

En este apartado tratamos de contestar estas preguntas y recuperamos, de manera muy sintética, algunos de los elementos que distintos autores han aportado a la definición de identidad, tanto grupal como individual. Hemos considerado ambas, pues la lógica de fondo en la construcción de las identidades es la misma, ya sea que se trate de un sujeto o de un grupo.

La discusión en antropología se ha situado, sobre todo, en la identidad étnica (que en este caso sería un tipo de identidad de grupos o grupal). Para Frederik Barth,² la identidad étnica es una forma de adscripción categorial que clasifica a la persona de acuerdo a una identidad más básica y general determinada por su origen y formación. La identidad étnica es entonces una categoría diferencial, pues un grupo étnico "es" porque "no es" otro grupo étnico (es decir, no se define por lo que es sino por lo que no es). Los rasgos diferenciales pueden cambiar en función de la oposición que existe con otros grupos culturales (diferentes rasgos culturales serán significativos según las necesidades de diferenciación con otro grupo).

Roberto Cardoso,³ por su parte, afirma que la identidad es algo que siempre se da en situación y la peculiaridad que engendra la identidad étnica es la situación del contacto interétnico. En este sentido, considera que la identidad étnica implica siempre la afirmación de un "nosotros" frente a un "los otros", es una identidad que surge por oposición (identidad contrastante).

Finalmente George Devereux⁴ define la identidad por:

1. Identidad unicidad absoluta del individuo A: su no identidad con cualquier otro individuo B, C, etc. Es decir que en un primer momento la identidad de un individuo es definida por aquello que lo hace

² F. Barth, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

³ R. Cardoso, "Identidad étnica, identificación y manipulación" en *América Indígena*, no. 4, vol. xxxi octubre de 1971.

⁴ George Devereux, "La identidad étnica: sus bases lógicas y sus disfunciones" en *Etnopsicoanálisis complementarista*, Argentina, Amorrotu, 1975.

diferente de otros individuos.

2. Identidad unicidad definida por medio de una acumulación irreproductible de determinaciones imprecisas. Es decir que lo que hace al sujeto único, es una serie de rasgos que en su particular combinación son irrepetibles.

Otros autores se han situado más en el estudio de la identidad individual, entre ellos están Edmond Ortigues y Edgar Morin.

Ortigues⁵ compara dos conceptos de orígenes diferentes: la noción antropológica de referencias identificatorias y la noción freudiana de identificación. Como *referencias identificatorias* entiende los rasgos distintivos que singularizan a un individuo, implican un proceso de reconocimiento del otro y de sí mismo. Este reconocimiento entre sí mismo y otro sitúa a la personalidad humana en dos tipos de relaciones: 1) relaciones colectivas de pertenencia a una comunidad, como la familiar, lingüística o nacional; 2) relaciones individuales de reciprocidad en el diálogo o el intercambio. Dentro de las primeras están los indicadores sociales de la identidad personal que utilizan referencias tanto físicas como simbólicas. Para Ortigues la noción de identificación consiste en el proceso a través del cual un individuo se identifica imaginaria o simbólicamente con otro, esta identificación con el otro adquiere toda su importancia en la formación de la personalidad en relación con lo que Freud llama "la carga del objeto", es decir, la percepción del otro como objeto de amor, de odio, de placer o desagrado.

Para Edgar Morin,⁶ la identidad de un individuo se define por una triple referencia: a) *La identidad genética* se refiere al sujeto en un primer momento a una singularidad genética, la de la pertenencia a una especie que permite el mantenimiento o la conservación de lo mismo; en un segundo momento el individuo más acabado se define a sí mismo, interiormente por su nombre de tribu o de familia la auto referencia individual comporta siempre una referencia genética (a la especie, al antepasado, al padre); la identidad genética es entonces una identidad

⁵ E. Ortigues, "Las referencias identificatorias en la formación de la personalidad" en varios autores, *El trabajo de la metáfora*, Barcelona, Gedisa, 1985.

⁶ Edgar Morin, *La méthode*, 2, *La vie de la vie*, París, 1980, pp. 269-271.

trans-individual, portadora de una identidad interior (el patrimonio inscrito en los genes) y anterior (el progenitor y el antepasado); b) *La identidad particular*: se define en el sujeto por referencia a su originalidad o particularidad, formada por rasgos singulares que lo diferencian de todos los demás, estas singularidades pueden ser anatómicas, fisiológicas, psicológicas, etc. c) *La identidad subjetiva*: las particularidades de un individuo viviente le permiten reconocerse por diferencia con respecto al otro, así como le permiten al otro identificarlo entre sus congéneres. Pero diferencias y particularidades sólo cobran sentido a partir del principio subjetivo de identidad, éste reside en el carácter no compatible, único del "yo". Esta identidad se profundiza, se autoafirma continuamente, se auto-informa, se auto-confirma empezando por la distinción ontológica entre sí-mismo y no-sí-mismo. Se trata de un egocentrismo subjetivo que excluye a cualquier otro semejante de su sitio ontológico y toma un carácter autoafirmativo. Finalmente, afirma Morin que la identidad es, al mismo tiempo, una y compuesta. El Uno, aunque irreducible, en tanto que Todo no es una substancia homogénea y comporta en sí alteridad, escisión, negatividad, diversidad y antagonismo.

A partir de estos autores, podemos concluir en algunos puntos generales que nos permitan entender la lógica de la construcción de la identidad individual:

1. La identidad se construye a partir de una doble operación:
 - a) *el reconocimiento de la propia mismidad*, de la singularidad, del sí-mismo único e irreplicable, a partir de una serie de rasgos distintivos, físicos, genéticos, psicológicos, de historia de vida y, por tanto, del reconocimiento de la diferencia del yo con respecto a los otros.
 - b) *de la identificación* con los otros sujetos que permite la inclusión en un grupo más amplio que puede ser: laboral, político o étnico, de clase, de género, etc.
2. La identidad se construye a partir de la autoadscripción —que implica la inclusión del sujeto dentro de una categoría identitaria y, por tanto, la noción del "yo soy" o "yo soy parte de"—y la heteroadscripción —en donde los otros adscriben a un sujeto dentro de una categoría identitaria y, por tanto, dictan el "tú eres" o el "tú eres parte de". Generan una autopercepción y una heteropercepción.
3. La identidad es, al mismo tiempo, una y compuesta. Una, en tanto

que es irreductible y compuesta en tanto que se comprende en sí misma alteridad y diversidad.

4. La identidad es una categoría relacional, es decir, se construye en el proceso de interacción con los otros.
5. La identidad cambia, no es una entidad inamovible, sino que se transforma según las condiciones de vida de cada sujeto.

II. LA CATEGORÍA DE GÉNERO

Género es un concepto utilizado en las ciencias sociales a partir de los años sesentas para referirse al conjunto de atributos asignados a cada cuerpo sexuado. Con el uso de este término se logra marcar una diferencia entre el sexo que está determinado biológicamente y el género que es transmitido a través de un proceso de enseñanza-aprendizaje de generación en generación.

Para poder ubicar la diferencia entre sexo y género es necesario partir de la diferencia entre "lo biológico" y "lo cultural". Según Jáuregui,⁷ la cultura es todo aquello que en las personas "no está determinado directamente por la biología y es transmitido por el aprendizaje y la educación", es decir, que los elementos culturales, tales como el lenguaje, los valores, los roles, tienen que pasar por un proceso de enseñanza aprendizaje para poder ser transmitidos de generación en generación. Mientras que las características biológicas, tales como el color del pelo, la altura, la estructura ósea, el tono de la piel, la propensión a ciertas enfermedades son transmitidas a través de los genes de madre y padre a los hijos.⁸

⁷ Jesús Jáuregui, "La etnología: ciencia de las culturas", en *Boletín de Antropología Americana*, no. 17, julio de 1988.

⁸ Sin embargo, hay que señalar que incluso los hechos más ligados a la biología están culturalizados: es el caso de la alimentación, la menstruación, el nacimiento y la muerte. Todos estos hechos biológicos están cargados de significados distintos en cada cultura. Un ejemplo claro de la forma en que lo biológico pasa por la cultura es la transformación del cuerpo: las mujeres del Japón antiguo lograban el achicamiento de los pies con el uso de diminutos zapatos; en el África ciertas etnias consideran como rasgo de belleza el alargamiento de los cuellos femeninos con el uso de numerosos collares.

Debido a la eficacia y alto grado de interiorización de la cultura en cada sujeto, llegamos a confundir lo biológico con lo cultural, es decir, lo heredado con lo aprendido. Así, por ejemplo, decimos que "las mujeres son sensibles por naturaleza" o que "tienen un instinto maternal", cuando más bien para adquirir esta sensibilidad, esta maternalidad, tuvieron que pasar por un largo aprendizaje y estas características nada tienen que ver con su naturaleza. Esta confusión aplica también a algunas destrezas y habilidades, por ejemplo, que un hombre sea un buen futbolista o buen mecánico tiene que ver más con el entrenamiento que ha recibido para ello que con una determinante innata.

A partir de estas definiciones podemos afirmar que en los seres humanos el sexo corresponde a la biología mientras que el género corresponde a la cultura. Es decir, el sexo está determinado genéticamente, nacemos con un órgano sexual femenino (sexo femenino) o nacemos con un órgano sexual masculino (sexo masculino).

Todos los grupos humanos conocidos han identificado esta dualidad (sexo femenino-sexo masculino) y le han asignado a cada sexo un conjunto de actividades, funciones, valores, derechos, obligaciones, espacios, etc. A esta carga cultural asignada al sexo le llamamos género. Cada nuevo ser es entrenado cuidadosamente para desempeñar el género (femenino o masculino) que le corresponde según su sexo. Así, podemos ver que en nuestra cultura cuando nace una niña la vestimos de rosa, la enseñamos a ser tierna, delicada, la entrenamos en las actividades domésticas. Cuando nace un niño lo vestimos de azul, lo enseñamos a ser fuerte, a no llorar, a ser proveedor. Podemos entonces recuperar aquí la definición de Marcela Lagarde:

Los géneros son grupos biosocioculturales, contruidos históricamente a partir de la identificación de características sexuales que clasifican a los seres humanos corporalmente. Ya clasificados, se les asigna de manera diferencial, un conjunto de funciones, actividades, relaciones sociales, formas de comportamientos y formas de la subjetividad a los sujetos sexuados.⁹

⁹ Marcela Lagarde, *Identidad de género*, Nicaragua, Managua, Cuadernos de Trabajo Cenzontle, 1992, p. 5.

Todas las sociedades de las que tenemos huella han organizado a los sujetos en torno a los géneros. La mayor parte de éstas han construido sistemas conformados por dos géneros pero hay otras sociedades conocidas que han conformado sistemas de género diferentes; por ejemplo, los navajo de América del Norte presentan tres géneros: hombres, mujeres y *nadle*¹⁰, mientras que los chukchee¹¹ de Siberia han construido 4 géneros: hombres, mujeres, *ylrka-E-la'ul* y *ga'clklcheca*. De manera que aunque la presencia de los géneros como forma de clasificación de los seres humanos es universal, el contenido asignado al género varía de cultura a cultura. Así, por ejemplo, entre los tchambuli de los Mares del Sur, el sexo bello es el varón. Son los hombres y los niños quienes usan adornos y cabello largo, mismo que arreglan en bucles elaborados con los carrizos de la región. Las mujeres, en cambio, usan la cabeza rapada y un atuendo muy sencillo¹².

Podemos entonces concluir que el género es: a) una construcción cultural, no natural; b) una construcción que varía según la cultura, por lo tanto el sistema que predomina en nuestro grupo cultural no es universal; c) una construcción histórica, no atemporal. Por tanto, cada

¹⁰ *Nadle* es una posición genérica que contrasta con la masculina y la femenina. El *nadle* utiliza ropa de varón o ropa de hembra según las circunstancias específicas y actúa de acuerdo con el vestido que se ha puesto, es decir, hará trabajos de mujer cuando utilice ropa de mujer y de hombre cuando lleve ropa de hombre. De manera que puede realizar funciones tanto de hombres como de mujeres, tiene, además, derechos especiales sobre la propiedad privada de los otros miembros de su familia y actúa como mediador en las disputas entre un hombre y una mujer. Martín Kay y Barbara Voorthies, *La mujer: un enfoque antropológico*, Barcelona, Anagrama, 1978, pp. 87-88.

¹¹ Entre los chukchee es posible una transformación parcial o total de los papeles correspondientes a los géneros. La transformación de géneros en individuos fenotípicamente machos es llamada *ylrka-E-la'ul* y se puede dar en tres niveles. El individuo que se transforma puede estabilizarse en uno de estos niveles y puede alterar luego si lo desea este comportamiento para volver al papel masculino corriente o para acercarse más al papel corriente femenino. Los individuos fenotípicamente hembras tienen dos posiciones de género en donde poder elegir: *ga'clklcheca*. *Ibid.*, pp. 96-97.

¹² Margaret Mead, *Male and female. A study of sexes in a changing world*, Estados Unidos, The American Library, 1964.

sistema de géneros corresponde a una formación social determinada por una época.¹³

III. LA CATEGORÍA DE IDENTIDAD DE GÉNERO

Finalmente, abordaremos la categoría *identidad de género*, entendida como aquella que alude a la pertenencia a uno de los dos grupos genéricos, masculino o femenino, que constituye una de las dimensiones más fundamentales en la construcción de la subjetividad, y que define el lugar que el sujeto ocupa en el mundo: sus derechos, bienes, oportunidades y obligaciones. Tres apartados conforman este último bloque: la identidad de género desde un enfoque psicoanalítico, la identidad de género desde un enfoque antropológico y, finalmente, algunas consideraciones en torno a los cambios de identidad.

La construcción de la identidad de género en los primeros años de vida

En torno a este tema existe un debate al interior del psicoanálisis desde 1921 cuando Karen Horney presenta una respuesta a las propuestas de Freud sobre el desarrollo sexual de las niñas. El debate continúa hasta ahora y ha sido enriquecido sobre todo por mujeres psicoanalistas como Monterelay, Irrigaray, Kristeva, Melanie Klein y Nancy Chodorow, entre otras.

En este texto abordaremos la postura de Emilce Dio Bleichmar, pues esta autora contemporánea nos ofrece una explicación clara y representa una alternativa interesante frente a la versión androcéntrica de la propuesta freudiana.

Emilce Dio Bleichmar¹⁴ explica el proceso de construcción de la identidad de género en los primeros años de vida. Incluye la identidad de género al interior de un concepto más amplio: el género. Para esta analista el género es una categoría compleja y articulada múltiplemente

¹³ Lagarde, *loc. cit.*

¹⁴ Emilce Dio Bleichmar, *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*, España, Siglo XXI Editores, 1989, pp. 4-12.

que comprende: a) la atribución, asignación o rotulación de género; b) la identidad de género, que a su vez se subdivide en el núcleo de la identidad y la identidad propiamente dicha y c) el rol de género.

a) La atribución de género

La rotulación que médicos y familiares realizan del recién nacido se convierte en el primer criterio de identificación de un sujeto y determinará el núcleo de su identidad de género. A partir de ese momento, la familia del niño se ubicará con respecto a este dato y será emisora de un discurso cultural que reflejará los estereotipos de la masculinidad/feminidad que cada uno de ellos sustenta para la crianza adecuada de ese cuerpo identificado. Existen casos en que se cometen errores en la atribución inicial del género y posteriormente es necesario corregirlos. Casi todos los intentos de esta clase que se han realizado después de los tres años del nacimiento han fracasado, reteniendo el sujeto su identidad de género inicial o convirtiéndose en alguien extremadamente confuso o ambivalente.¹⁵

b) Núcleo de la identidad de género

Es el esquema ideoafectivo más primitivo, consciente e inconsciente de la pertenencia a un sexo y no al otro. Si bien, todos los autores concuerdan sobre la confluencia de factores biológicos y psicológicos para la constitución de la identidad de género, es posible trazar una clara demarcación entre aquellos que dan más fuerza a lo biológico-anatómico, al considerar al sexo -en tanto cuerpo anatómico- como

¹⁵ Por ejemplo, niños que nacen con un síndrome androgenital, con sexo genético, hormonal y anatómico femenino normal, pero que por causa de la afección sus órganos sexuales externos se han masculinizado, si han sido designados como niñas al nacer, a los cinco años inequívocamente son niñas, mientras que si han sido rotulados varones, son varones. Estas constataciones permiten suponer que lo que ha determinado su comportamiento de género no es el sexo biológico, sino sus experiencias vividas desde el nacimiento, comenzando por la asignación del sexo.

un estímulo social, entendiendo por esto los efectos que la rotulación del sexo del bebé ejerce en el despliegue de las conductas maternas y paternas –las fuerzas más poderosas que se conocen – en el modelaje de los comportamientos y juicios que el niño desarrollará.

Stoller sostiene que por el sentimiento “soy niña” o “soy varón” se debe entender el núcleo de consciencia, la autopercepción de su identidad genérica, núcleo esencialmente inalterable que debe distinguirse de la creencia que se relaciona pero es diferente, a saber “soy viril” o “soy femenina”. Esta última creencia corresponde a un desarrollo más sutil pero más complicado que no se consolida hasta que el niño/a comprende acabadamente de qué manera sus padres desean verlo/a expresar su masculinidad/feminidad, es decir, cómo debe comportarse para corresponder con la idea que ellos tienen de lo que es un niño o una niña. El conocimiento de “soy varón” como definición de sí, comienza a desarrollarse mucho más temprano que los sentimientos “yo soy masculino” o que las perturbaciones de la identidad de género como “yo soy femenino, soy como una mujer”. Actitudes de este orden recubren un núcleo previo de la identidad de género. El travestismo es un ejemplo claro: un hombre que tiene la ilusión de ser femenino cuando se viste con ropas de mujer, tiene simultáneamente clara consciencia de ser hombre.

Para Dio Bleichmar el sentimiento de tener un núcleo de la identidad de género proviene de diversas fuentes: 1. De la percepción despertada naturalmente por la anatomía y fisiología de los órganos genitales; 2. De la actitud de los padres, hermanos y de los padres en relación al género del niño y 3. De una fuerza biológica cuyo poder para modificar la acción del medio es relativo.

c) Rol de género

Según Emilce Dio Bleichmar el concepto de rol, proveniente de la sociología, se refiere al conjunto de prescripciones y proscripciones para una conducta dada, las expectativas acerca de cuáles son los comportamientos apropiados para una persona que sostiene una posición particular dentro de un contexto dado. El rol de género es el conjunto de expectativas acerca de los comportamientos sociales apropiados para las personas que poseen un sexo determinado. En

cada cultura, en sus distintos estratos, se halla rígidamente pautado qué se espera de la feminidad o de la masculinidad de una niña/o. La tipificación del ideal masculino o femenino es anónima, abstracta pero férreamente adjudicada o normativizada hasta el estereotipo, aunque en el desarrollo individual, el futuro hombre o mujer haga una asunción o elección personal dentro del conjunto de valores para su género.

En el curso de la infancia, los niños incorporan conductas pertenecientes al padre y a la madre, aprendizaje que se realiza sin necesidad de un reforzamiento directo, porque los padres constituyen, por su condición de tales, objetos idealizados a los que se desea imitar y, además, tienen el control sobre el otorgamiento del amor y del reconocimiento como recompensa. Por ejemplo, viendo a la mamá ponerse lápiz labial o perfume y observando al papá elogiándola porque está bonita, ambos, varones y niñas, aprenden a vestirse. Cuando los niños llevan a cabo las conductas aprendidas en este punto, entonces sí serán diferencialmente reforzados: a la niña se la reconocerá por su gracia, mientras el varón será desaprobado instruyéndolo acerca de los peligros que acarrea esta pauta social. Durante el segundo, tercero y aún cuarto años de vida, y esto depende de las peculiaridades de su socialización, presencia de hermanos, etcétera, los niños establecen las diferencias de género por rasgos exteriores y secundarios que son, en orden de frecuencia: largo del pelo, vestido, tamaño y forma corporal, según cuál de estos atributos sea destacado por el discurso materno para establecer la rotulación. Una niña de dos años y un mes ve a un bebé en la cuna y pregunta si es niña o es varón, a lo que la madre responde: "es una linda niñita, mira los aretes en sus orejas". El niño aprende a discriminar las rotulaciones de género que corresponden a los comportamientos aprobados, también aprende a emplear tal etiquetación para sí mismo/a, así su proceso será reforzado o desaprobado por sus padres. En esto consiste el proceso temprano de identificación de su género.

Una vez que el núcleo de la identidad de género se haya establecido el niño/a mismo, ya inscrito en una de las dos categorías, organiza su experiencia en la búsqueda de "iguales" como modelos del rol con quien identificarse. Junto con las representaciones del yo y del objeto (en cuanto al género), el niño crea representaciones de los roles, es decir, modelos mentales de las interacciones entre él y los objetos en lo que atañe al género.

La construcción de la identidad de género. Un enfoque antropológico

Una voz exactamente igual a la mía. [...] Esa voz me daba confianza: no estaba sola. [...] Llegué a una explicación extraordinaria: yo era doble y en alguna parte de ahí había otra yo a quien no podía ver, pero que siempre podía verme, porque siempre me respondía.

George Sand¹⁶

En este apartado desarrollaremos algunas de las dimensiones que desde un enfoque socio-cultural deben ser consideradas en el estudio de la identidad de género.

Si bien, el sentido de pertenencia a uno de los dos grupos genéricos se define en los primeros años de vida, la identidad de género permanece en proceso de cambio, construcción y reconstrucción a lo largo de años. Consideramos a la identidad de género, como la síntesis entre la asignación social del género, la apropiación particular que de ésta hace el sujeto según su experiencia de vida y la posición que ocupa en el entramado social (política, económica, étnica, etc.) Esta síntesis psico-socio-cultural marca en cada persona la construcción de la subjetividad y una serie de prácticas materiales y simbólicas específicas según su género a lo largo de toda la vida.

La identidad de género y su relación con otras identidades colectivas

La identidad de género está entrelazada con otras muchas identidades que van a determinar las condiciones de vida del sujeto. Estas condiciones de vida definirán los espacios, derechos y oportunidades para cada persona. Por lo tanto, en el análisis de la identidad de género es importante considerar no sólo si el sujeto en cuestión es hombre o mujer sino también, si pertenece o no a algún grupo étnico, clase social, edad, generación, estado civil, condición religiosa, condición política, condición lingüística, condición estética, etc. Cada una de estas identidades de clase, étnica, de edad, se relacionan con la

¹⁶ Citada por Belinda Jack en *George Sand*, Argentina, Javier Vergara Editor, 2002, p. 53.

identidad de género.

En el caso de la identidad étnica, si pensamos en una mujer indígena, encontraremos que además de ser educada para cumplir con los atributos asignados al género femenino, éstos cobran cierta especificidad según la etnia a la que pertenece. Así, por ejemplo, se espera de las mujeres mazatecas que compartan a su marido con otras 2 o 3 esposas más, pues en esta etnia y bajo ciertas circunstancias es permitida la poliginia¹⁷. Sin embargo, encontramos otras sociedades en las que sólo es permitida la monogamia¹⁸ o bien la poliandria¹⁹.

Con respecto a la relación entre la identidad de género y la edad encontramos que la conducta que le es socialmente requerida a cada persona cambiará según el momento del ciclo de vida en que se encuentre. En nuestra cultura, mientras que a las mujeres jóvenes solteras se les promueve para que encuentren una pareja y contraigan matrimonio, a las mujeres ancianas se les recrimina que tengan en público algún tipo de contacto amoroso con un hombre. Escuchamos de manera cotidiana expresiones como: "a tus años, ¡andas haciendo el ridículo!", "¡estas cosas ya no te quedan!", "ya se te fue el tren", "¿cómo se te ocurre usar minifalda, a tu edad?".

De igual forma la identidad de género estará ligada a la condición religiosa, cada religión dicta un estereotipo de hombre y de mujer. En el caso de la católica, la pareja mítica de Adán y Eva permanece aún en el imaginario colectivo de Occidente. Existe además, un discurso específico de cada religión sobre los atributos esperados en un hombre y en una mujer y sobre la forma en que ambos géneros deben relacionarse.

Las formas de transmisión del mandato de género

Como hemos mencionado anteriormente, todas las sociedades han organizado a sus integrantes en un sistema de géneros que determina

¹⁷ En la poliginia se permite el matrimonio de un hombre con más de una mujer de manera simultánea.

¹⁸ La monogamia es un régimen jurídico que no admite la pluralidad de cónyuges.

¹⁹ En la poliandria está permitido el matrimonio de una mujer con más de un hombre de manera simultánea.

los roles, espacios, derechos, obligaciones, lenguajes, bienes y recursos que corresponderán a cada persona según sea hombre o mujer. A este paquete de expectativas, obligaciones y normas - *le denominamos mandato*²⁰ *de género*. Cada sociedad garantizará que los hombres y mujeres que la integran cumplan ese deber ser. Las estrategias de control social toman muchas formas cuando el mandato no es cumplido: el castigo puede ir desde el silencio de la madre que manifiesta su desacuerdo frente al atuendo de la hija, hasta formas de sanción que pueden llegar a la muerte, en el caso de las mujeres que bajo el régimen talibán han sido acusadas de adúlteras son asesinadas públicamente en estadios de fútbol.

Según Lagarde, "hay sujetos cuyos núcleos de identidad son descalificados en su mundo al compararlos con identidades y sujetos paradigmáticos."²¹ Podemos pensar en la descalificación que reciben los hombres que han aprendido a expresar sus emociones a través del llanto, o la presión social que reciben las mujeres cuando han elegido la no maternidad. Sin embargo, la trasgresión del mandato, también puede ser vivida de manera positiva por algunas personas que la integran a su identidad y la reivindican como una marca de su singularidad. Es justamente la transgresión la que las hace vivirse distintas, la que les otorga originalidad e inclusión dentro de los grupos disidentes.

Cada nuevo sujeto, hombre o mujer, es socializado en el sistema de géneros que corresponde a su cultura y es entrenado para reproducirlo. Padres y madres transmiten el mandato para las nuevas generaciones. La familia no es la única institución encargada de esta tarea, otras instituciones tienen un lugar fundamental: la Iglesia, el Estado, el sistema educativo, los medios de comunicación, entre otras. Cada una ejerce funciones pedagógicas específicas y establece normas y estereotipos de masculinidad o feminidad.

²⁰ Cada sociedad construye etnomodelos y estereotipos de vida para hombres y mujeres. De ahí que los tipos dominantes en cada ámbito sociocultural son los referentes centrales de la identidad asignada. Marcela Lagarde, *Identidad de género y feminismo*, Heredia, Costa Rica, Instituto de Estudios de la Mujer, Universidad Nacional, 1997, p. 37.

²¹ *Ibid.*, p. 18.

El Estado, por ejemplo, regula lo relacionado con las formas de emparejamiento,²² con las obligaciones que uno y otra tendrán como pareja, a los derechos que corresponden a las mujeres y a los hombres. Hace tan solo 50 años las mujeres no tenían derecho a voto sólo por el hecho de serlo. Los medios de comunicación de igual manera ofrecen tipos ideales de hombres robustos y mujeres esbeltas, siguen presentando mujeres hacendosas que esperan en casa a su marido, cuando muchos hogares son mantenidos hoy en día por jefas de familia.

Existen otras formas más inmediatas y sutiles para comunicar de manera permanente la expectativa social por géneros. Si escuchamos con atención las canciones, chistes o refranes de circulación común, encontraremos mensajes claros sobre lo que un hombre y una mujer deben ser. Refranes como: "Mujeres juntas sólo difuntas", "La mujer como la escopeta cargada y en el rincón" o bien, canciones como: "Con dinero y sin dinero, hago siempre lo quiero y mi palabra es la ley", nos transmiten imágenes de hombres y de mujeres que integramos a nuestra identidad muchas veces de manera inconsciente.

Sin embargo, aunque la estructura social tiene un papel importante, el individuo participa también, de manera activa, en la construcción de su propia identidad. Coincidimos con la socióloga Meza²³ en que:

El actor no se encuentra inerte y pasivo ante el contexto social que lo rodea, tampoco interioriza unívocamente los significados producto de éste sino que existe un proceso en el que los actores participan, con mayor o menor conciencia y grado de actividad, en la construcción de sí mismos como sujetos sociales, resignificando con ello los aspectos simbólicos de la cultura, y diferenciando determinadas formas de hacer, de ver, de sentir y de ser.

²² Formar pareja.

²³ Consuelo Meza, *La utopía feminista*, México, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Altexto y Universidad de Colima, 2000, pp. 60-62.

Identidades asignadas, identidades elegidas

Si bien, podemos hablar de una primera asignación de género,²⁴ a partir de la cual el sujeto pasará por un proceso de aculturación y de internalización del mandato, múltiples actores seguirán asignando identidades a lo largo de la vida de las personas. En cada encuentro o relación que el sujeto establezca recibirá expectativas, peticiones y exigencias específicas acerca del rol que deberá desempeñar según sea hombre o mujer. Por ejemplo, cada nuevo hombre con el que una mujer establezca una relación de pareja, tendrá concepciones distintas de la feminidad y esperará de ella cosas diferentes según esa concepción. Éstas también son identidades asignadas que pasan por redes de relaciones y tienen una trayectoria de afuera hacia adentro del sujeto.

Cada persona construye su identidad a partir de la interpretación y apropiación muy particular del mandato de género que la cultura a la que pertenece le asignó. A esta elaboración de las identidades asignadas, Lagarde le llama identidades optadas o identidades elegidas. "Las opciones de identidad, aparecen cuando en la conciencia hay alternativas, cuando en la experiencia hay opciones y el sujeto cambia con cierto grado de voluntad. También sucede que el cambio se da por la necesidad de solucionar conflictos internos, o también por goce y adecuación".²⁵

Los sujetos se reconstituirán en cada momento de su vida en una tensión entre las identidades que les sean asignadas, la experiencia elaborada a través de su cultura, y las identidades optadas.

El entorno y la construcción de la identidad

Las posibilidades de transformación de las identidades asignadas dependerán de la diversidad de condiciones del sujeto, de la riqueza

²⁴ Sucede en el ritual del parto, cuando al nacer la criatura, con la sola mirada de sus genitales, la partera o el partero dice y nombra a la vez: "es niña" o "es niño". La palabra, el lenguaje es la marca que significa el sexo e inaugura el género. Lagarde, *op. cit.*, p. 27.

²⁵ *Ibíd.*, p. 41.

de la experiencia vivida, de las opciones y de las alternativas de vida, o bien de la escasez de las mismas. Cada nueva posibilidad de viajar o migrar, de establecer nuevas relaciones con otras personas o grupos de ideologías distintas, de acceder a espacios de formación, tendrán un impacto en la identidad del sujeto que lo vive.

La complejidad cultural impacta la complejidad de la identidad. En sentido opuesto, la miseria o las exclusividades culturales o vivenciadas se concretan igualmente en discursos y experiencias identitarias reducidas. De esta manera la filosofía, la ética, los conocimientos que hacen comprensivo el mundo, los lenguajes, los discursos y los espejos conforman las experiencias de identidad y le dan calidad y contenido.²⁶

La identidad ocurre como la vivencia que el sujeto tiene de su mundo y de otros mundos, esta vivencia puede ser de plena identificación o de incompatibilidad. En el segundo caso, el mundo que rodea al sujeto puede no corresponder con sus expectativas y no satisfacer sus necesidades, lo cual provoca múltiples contradicciones entre la persona y el entorno cultural, estos desajustes pueden ser vividos en su interior como algo doloroso. Puede ser el caso de personas que migran, provenientes de ciudades muy cosmopolitas de gran apertura y diversidad cultural y que tratan de insertarse con dificultad en comunidades pequeñas.

Mismidad, semejanza, alteridad

La experiencia que el sujeto tiene del yo-mismo es la vivencia de la mismidad que junto con la vivencia de la semejanza, la diferencia, la especificidad y la singularidad²⁷ constituyen la gama de experiencias identitarias del yo-los otros. Pues la identidad se construye en la permanente interacción con los otros y es, por tanto, relacional.

La *semejanza* permite al sujeto incluirse, a partir de elementos afines, en distintos grupos a lo largo de su vida, y en este proceso construir

²⁶ *Ibid.*, pp. 15-16.

²⁷ Heller, Agnes, en Lagarde, *op. cit.*, p. 15.

la conciencia de un nosotros. Este ejercicio de afinidad y semejanza ocurre en diferentes niveles, en ocasiones, puede llegar a tal grado que el sujeto se vea diluido en el grupo o frente a otro semejante y pierda sus límites como individuo.

La alteridad es también fundamental en la construcción de la identidad. Las diferencias se construyen siempre en comparación con el otro, pues la afirmación de un grupo o sujeto implica la negación del otro: se es lo que el otro no es. Y es en la reivindicación de la diferencia que la identidad se hace más sólida.

En este ejercicio de alteridad hay experiencias en las que lo comunitario está en primer término. Podemos pensar en la pertenencia a grupos que no permiten que ninguno de sus integrantes se salga de la ideología grupal. El sujeto se diluye y pierde toda posibilidad de singularidad. Hay otras experiencias, en cambio, en que la singularidad diferenciadora no permite identificación. El sujeto llega a ser tan distinto que le resulta imposible la inclusión en algún grupo.

Las representaciones, los afectos y los pensamientos sobre el 'yo'

"En tanto fenómeno subjetivo, la identidad involucra también las representaciones, los afectos y los pensamientos sobre el yo y sobre los otros, así como su ausencia"²⁸. Estos pensamientos, afectos y representaciones se construyen siempre en relación con los otros inmediatos al sujeto, que en un juego de espejos devuelven al individuo una imagen de sí mismo, exaltan cualidades y defectos, otorgan y esperan recibir determinados afectos. Estas asignaciones de identidad son siempre un referente, ya sea para cumplir el mandato o bien para transgredirlo. La dimensión afectiva es fundamental y la estima que hombres y mujeres experimentan acerca de sí mismos está íntimamente relacionada con la estima social. Por ejemplo, en un mundo en el que la juventud, la esbeltez y las características físicas de la raza blanca son valores exaltados, las mujeres valoran su cuerpo en función de dichos estereotipos, éstos constituyen el ideal por alcanzar y se con-

²⁸ *Ibid.*, p. 14.

vierten en el referente de comparación.²⁹ Es decir, los afectos sobre el 'yo' estarán ligados en buena medida a los atributos masculinos o femeninos que las diferentes sociedades valoran.

La identidad como una acumulación de rasgos específicos

Según Devereux³⁰ cada sujeto define su identidad por una acumulación irreproducible de determinaciones imprecisas. Esta mezcla única contiene "los lenguajes del sujeto, los lenguajes corporales, el movimiento, la indumentaria, los emblemas, la ubicación y los haceres del cuerpo, el espacio primordial y el territorio."³¹ Cada uno de estos rasgos hace del sujeto un ser irrepetible.

En identidades juveniles como el movimiento dark, el punk o el cholo tenemos un ejemplo claro del lugar que estos rasgos tienen para la configuración de la identidad. Tanto para el movimiento dark como para el movimiento punk, la indumentaria en color negro ha sido muy importante para simbolizar la obscuridad, la melancolía, la muerte; por otro lado, en el movimiento cholo el lenguaje corporal ha alcanzado complejos códigos de comunicación; los emblemas también son una parte importante de la identidad: algunos pandilleros tatúan sobre el cuerpo su historia de vida usando una compleja simbología.

En el caso de la identidad de género, estos lenguajes verbales y corporales, la indumentaria, la ubicación y el espacio primordial son marcados de manera diferencial según se trate del género femenino o masculino. De los hombres se esperan movimientos firmes, rudos, mientras que de las mujeres se esperan movimientos delicados. Los territorios públicos y privados también están asignados por género, de esta manera cada rasgo será considerado para alguno de los géneros.

²⁹ Baz, Margarita, *Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza*, México, Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, Porrúa, 1996.

³⁰ *Vid. supra.*

³¹ Lagarde, *op. cit.*, p. 21.

La dimensión fantástica y mítica de la identidad

Marcela Lagarde³² señala que la identidad puede estar más o menos ligada a la realidad inmediata, es imaginaria, pero también es mítica y fantástica. Es decir, que la identidad sintetiza también las fantasías que cada persona tiene de sí misma, las formas en que su identidad se expresa en el imaginario (imágenes del yo) y cómo está ligada a construcciones míticas. En el imaginario colectivo permanecen aún arquetipos de princesas³³ y príncipes azules. Éstos aparecen en nuestra mente mezclados con otras imágenes de hombres y mujeres de diferentes épocas. En esa lista, no podemos dejar de lado las imágenes idealizadas que la televisión o el cine contemporáneo nos ofrecen. Cada sujeto recuperará de manera muy particular las fantasías y mitos de su generación y de otras épocas.

Posiblemente uno de los duelos importantes en la vida de las personas es la desconstrucción de la propia fantasía que han tenido de sí mismas por años. Esa dolorosa mirada en el espejo que nos regresa una imagen distorsionada (¿o deberíamos decir real?) de nosotros mismos. O bien, esa mirada que el otro nos otorga y nos resulta incómoda por no adecuarse a nuestra propia fantasía. Pero también construimos fantasías acerca de lo que el otro es. Muchas veces, nuestros reclamos sobre su conducta tienen su origen en la inadecuación entre la fantasía y el sujeto real.

El lugar de la memoria y la historicidad del sujeto en la construcción de la identidad

La identidad es la síntesis de la historicidad del sujeto pues le permite desarrollar una conciencia de permanencia en el tiempo y reconocer que, aún a pesar de los cambios, se trata de la misma persona pero distinta. Recuperar la historia de una persona equivale entonces a reconstruir el proceso de elaboración de la identidad.

³² *Ibid.*, p. 14.

³³ Basta con mirar la parafernalia que rodea la fiesta de "quince años" en nuestro país: ¿no nos recuerda ese vestido de quinceañera al atuendo de la Cenicienta convertida en princesa?

La memoria es también un recurso importante de la identidad, ésta hace posible que el sujeto se reconozca en su propia biografía. Hume, en su libro *Tratado de la Naturaleza Humana* afirma: "La memoria tiene una doble función: por una parte muestra la semejanza entre nuestras percepciones y por ello nos ayuda a describir nuestra identidad. Es decir, adquirimos la idea de nuestro yo porque el pensamiento se desliza fácilmente por una serie de percepciones relacionadas por la semejanza y causalidad."³⁴

El sujeto puede ubicar los procesos y las causas que le han llevado a tener una identidad específica. También la memoria es la que provee de los saberes, experiencias y recursos útiles para el presente, es la que recuerda a cada momento los múltiples grupos de pertenencia, los lugares y personas entrañables, los logros, las crisis y todo aquello que permite dar cuenta de lo que el sujeto es. Su historia particular y única lo diferencia de cualquier otro y al mismo tiempo lo acerca a otras historias.

C. Cambios en la identidad de género

Desde la mujer que soy,
a veces me da por contemplar
aquellas que pude haber sido:
las mujeres primorosas, hacendosas, buenas esposas;
en esta contradicción inevitable
entre lo que debió haber sido y lo que es,
he librado numerosas batallas mortales,
batallas a mordiscos de ellas contra mí
ellas habitando en mí, queriendo ser yo misma,
transgrediendo maternos mandamientos
Gioconda Belli³⁵

Hemos mencionado con anterioridad que la identidad de género se transforma permanentemente a lo largo de la vida del sujeto, desde

³⁴ Mercedes García de Oteiza, *La identidad personal en Hume*, México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, Colección Estudios Monográficos no. 10, 1985, p. 61.

³⁵ Gioconda Belli, *El Ojo de la Mujer, Poesía reunida*, España, Colección Visor de Poesía, Ed. Visor-Libros, 1991.

su nacimiento hasta los últimos años de vida. La intensidad de los cambios, la forma y la frecuencia, dependerán de múltiples factores: la riqueza del entorno cultural, las expectativas de los otros cercanos, las necesidades y recursos del sujeto, entre otros.

En este apartado haremos algunas reflexiones acerca de cambios de identidad en las mujeres. Hemos elegido al género femenino no sólo porque nuestra experiencia de trabajo de campo y de trabajo teórico es más abundante en esta área, sino porque en los últimos sesenta años miles de mujeres han transformado su identidad, inventando nuevas formas de vivir y vivirse. Algunas de ellas han accedido a espacios públicos: a las universidades, a las cámaras de diputados y senadores; otras, han gestionado cambios en su vida cotidiana en diferentes niveles: en el cuidado de su salud, en el trabajo doméstico, en la vivencia de la maternidad y la sexualidad, en las relaciones de pareja.³⁶

Podemos entonces plantearnos la primera pregunta: ¿a qué obedecen los cambios en la identidad de género en las mujeres? ¿cuáles son los principales motores de ese devenir?

Los cambios en la identidad de género pueden aparecer como una respuesta a la inadecuación entre el estereotipo de mujer que dicta la cultura y la satisfacción de las necesidades vitales. Es decir, que para muchas mujeres el cumplimiento del deber ser es posible, sólo a costa de su desarrollo y calidad de vida.

En nuestro sistema de géneros la mujer es mandatada para constituirse en un ser-para-los-otros³⁷ que debe promover y subsidiar el desarrollo de los otros a costa del desarrollo personal. Para Franca Basaglia:

La mujer además de ser un objeto sexual, también debe ser la madre no sólo de sus hijos sino también del hombre. Esto significa que la objetivación o cosificación

³⁶ No quiere decir que no tengamos noticia de mujeres que hayan transgredido los mandatos de género en otras épocas, las ha habido y muy importantes. Resulta más bien que en los últimos años y desde el movimiento feminista que hemos visto cambios de manera más acelerada y masiva.

³⁷ Franca Basaglia, *Mujer, locura y sociedad*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, p. 44.

de su cuerpo se transforma simultáneamente en una subjetividad o personalidad dedicada a nutrir, comprender, proteger y sostener a los otros; la subjetividad que llegue a reconocérsele es por consiguiente, la de vivir en el constante dar, anulándose ella, es decir, actuando y viviendo como mujer-cuerpo para otros, como mujer-sustento para otros. Pero se trata de un cuerpo que no le ha pertenecido y de una nutrición que ella nunca recibió.

Emilce Dio Bleichmar³⁸ señala que dos de cada tres personas que sufren episodios de depresión son mujeres. Para esta autora, lo que deprime a las mujeres son las consecuencias derivadas de la forma en que viven su feminidad y su condición de género. Son tres los elementos que contribuyen a esta vulnerabilidad frente a la depresión:

- a) La importancia crucial que adquieren las relaciones humanas y los vínculos de gran intimidad y permanencia en el tiempo en la conformación de la identidad femenina. Esto genera mayor sentimiento de fracaso frente a las rupturas amorosas y las pérdidas de seres queridos.
- b) La superespecialización femenina en el alivio y malestar ajenos ha dejado a las mujeres mal provistas para proporcionarse a ellas mismas condiciones de goce y de placer.
- c) La feminidad en tanto conjunto de ideales y modelos que cada mujer recibe y luego reproduce, se opone al desarrollo de ambiciones, actividades e intereses –que son una fuente muy importante de satisfacciones, de orgullo, de poder– en áreas como la política, la ciencia, las artes, en una palabra, en el mundo entero.

Por éstas y otras razones muchas mujeres tienen problemas de identidad, tienen crisis de inadecuación, desaliento y cansancio por cumplir el deber ser. En tales condiciones culturales y sociales experimentan la necesidad de modificar su existencia, a veces con cambios acompañados de mucho miedo y conflicto, a veces con cambios que son vividos con gozo y les significan una mejoría en su calidad de vida. Estas transformaciones pueden ir desde modificaciones inmediatas en la vida cotidiana, como negociar la distribución equitativa

³⁸ Emilce Dio Bleichmar, *La depresión en la mujer*, España, Ediciones Temas de Hoy, 1999, p. 16.

del trabajo doméstico hasta terminar con relaciones violentas de pareja.

Sin embargo, debido a que la identidad de género es un tipo de identidad fundante de la subjetividad y ha sido fuertemente interiorizada por el sujeto, para poder realizar cambios es preciso "desconstruir los mitos fundantes de la identidad genérica, deslegitimarlos socialmente, pero sobre todo ante nuestros pensamientos y afectos del yo, para dar paso a nuevas configuraciones."³⁹ Por esto, los cambios en la identidad de género frecuentemente están acompañados de crisis y van acompañados de conflictos en los que está en juego la desaparición o la permanencia de rasgos sustantivos de la persona.

Una crisis suspende lo cotidiano, rompe la continuidad de la normalidad provocando una ruptura significativa en el trazo de vida, en la historia biográfica. Por tanto, la crisis supone que algo se interrumpe, algo se separa y exige una decisión, una elección, una respuesta en el comportamiento. Aparece un desajuste que renace al interior de la tensión entre el sujeto y su mundo, aparece entonces la necesidad de una reorganización de todos los componentes, mismos que tienen que ser redefinidos. El yo vive la dramática pérdida de todas las coberturas hasta dar con la necesidad de rehacerse. Las crisis destruyen y reconstruyen, ésta es su característica más destacada. No se pueden resolver sin pérdidas, sin padecimientos. Cuando aparece la crisis la visión del mundo se vuelve inútil, de manera que en el mismo gesto de reconstrucción de estabilidad, se rehace la lectura del mundo.⁴⁰

El entorno y los otros cercanos también tienen una reacción frente a los cambios de identidad, esta reacción puede ser de apoyo, pero también puede ser de cuestionamiento o de descalificación. Cuando una mujer cambia, obliga a sus cercanos/as a relacionar también modificaciones. Surge la necesidad de un reacomodo del lugar que cada uno tiene en el entramado de relaciones. Cuando uno/a se descoloca, desestabiliza al resto. Podemos pensar en un ama de casa, madre de

³⁹ Marcela Lagarde, *Identidad de género y feminismo*, Costa Rica, Universidad Nacional, 1997, pp. 42-43.

⁴⁰ Héctor Salinas, *Individuo, cultura y crisis*, España, Desclée de Brower, 1998.

familia que decide entrar a la universidad y ausentarse de casa toda la mañana. Muy posiblemente el trabajo que ella realizaba deberá distribuirse entre todos los miembros de la familia de manera más equitativa y las relaciones deberán reacomodarse, todo ello con una dosis de conflicto, de desacuerdo, de negociación, pues no siempre el que está en una posición privilegiada (del que es atendido, alimentado, etc.) querrá moverse de allí. Cuando una mujer trata de recolocarse como subordinada dentro de una relación de poder, también recoloca al otro como el que manda, el que decide, el que sabe, el que impone. Pero para esto debe contar primero con los recursos internos y externos necesarios.

Las reacciones de los otros frente a los cambios de identidad también pueden llegar a formas de castigo social, como el rechazo, la exclusión o la marginación.

Los cambios de identidad no siempre se viven de manera armónica en el interior del sujeto, ya que puede haber identidades desfasadas. Es decir, que la identidad no corresponde con la vivencia real del sujeto. En varias ocasiones, la experiencia cambia más rápidamente que la identidad, pues su elaboración ocurre en forma más lenta. Existen áreas de la subjetividad que se actualizan mientras que otras permanecen intocables. Así, podemos encontrar mujeres que a pesar de haber trabajado toda su vida no han logrado integrar a su subjetividad la identidad de trabajadoras y siguen considerándose a sí mismas amas de casa.

Otra forma de desfase de las identidades es cuando una mujer logra gestionar cambios en una o más dimensiones de la persona y deja abandonado al resto. Por ejemplo, una mujer médica puede tener actualizada su identidad profesional: vivirse como líder, estar en la punta del desarrollo tecnológico y contar con un sueldo privilegiado. Esta misma mujer puede estar viviendo sus relaciones amorosas y de maternidad, en la forma en que lo hicieron sus tatarabuelas. Es decir, puede estar en una relación de subordinación o incluso en una situación de violencia; o bien, puede vivir una maternidad solitaria (sin la colaboración de su compañero), o una maternidad sacrificada a costa de su salud. Esta mujer no logró actualizar su identidad de madre y de esposa integrando nuevos recursos con los que no contaban sus tatarabuelas, tales como una guardería o como formas de negociación

más equitativa. Estos desfases son comunes en la vida de las mujeres contemporáneas, sobre todo, de las mujeres trabajadoras, que en los espacios públicos y laborales son ciudadanas (por lo menos en algunos países) con derechos y una vez que cruzan las puertas de su hogar los pierden.

Finalmente, hay que señalar que cada mujer gestionará los cambios según la experiencia, las posibilidades y los saberes con los que cuente en el proceso de cambio. Dependerá no sólo de ella sino de sus otros inmediatos, de las condiciones de vida que la determinan, del tejido social al que pertenece y de las alternativas que ese entorno ofrece. Para muchas mujeres de ciertas clases, etnias, nacionalidades, religiones y épocas las condiciones de cambio son sumamente adversas. Podemos pensar, por ejemplo, en las mujeres afganas, las mujeres en extrema pobreza o las mujeres en época de guerra.

Por el contrario, hay condiciones que pueden ser favorables para pensar en otras formas de vivir y de ser. Ésas son las que como sociedad debemos construir, formas de organización social donde los sujetos puedan tener opciones, alternativas. Puedan elegir y elegirse, construir, construirse y desconstruirse cada vez que sea necesario. Debemos pensar en otras formas de ser mujer y de ser hombre haciendo distancia crítica del mandato de género y construyendo alternativas identitarias en lo individual y en lo colectivo, colocando en el centro de la discusión el desarrollo y la calidad de vida de las personas. ❁

